XIX

Si Riozarés había sentido á la aparición de Lucy una repentina é irresistible simpatía hacia ella (y el amor no es otra cosa que el cambio de una corriente cuya esencia nos es desconocida; pero que se establece á veces en el momento en que pensamos menos en ella, y nos hiere con el poder de la electricidad), uno de de los recién llegados, y no el menos espiritual, Pedro Courcelles, hijo único del riquísimo banquero parisiense, heredero al cual una inmensa fortuna daba acceso y derecho á ser recibido en la más alta sociedad, se encontró, naturalmente inclinado hacia el buen vicario de Glenmore. Apenas había descendido de su break, saludado á la duquesa y terminado la presentación, cuando ya se paseaba del brazo del reverendo clérigo, en tanto que su ayuda de cámara iba á reconocer el departamento destinado á su amo.

Courcelles y Kimdale habían sentido el uno hacia el otro una amistad que no debían olvidar nunca.

Era, para emplear los términos bastante oscuros de Stendhal, el golpe de un rayo y la cristalización de la simpatía.

Algunos minutos después, James estaba en-

cerrado en las habitaciones de su madre y sentado sobre un cogín á sus pies.

La había bésado con mucho cariño.

—¡Querida madre—la decía—¡estais tan joven y tan bella como siempre!

—¡ Adulador ! — respondia ella— pero aun cuando dijéseis la verdad, ¿de qué me serviría?

Todos sus dolores de mujer, se resumían en aquella frase tan corta y tan sencilla.

James guardó silencio.

—He recibido una carta de vuestre padre esta mañana—replicó la duquesa,—en ella manifiesta su sentimiente por estar lejos de nosotros.

—¡Cómo le comprendo!—exclamó James, estrechando las manos de la duquesa entre las suyas.

—¡Oh! no es por lo que vos creeis—se apresuró á decir la duquesa.—Se va á cazar aquí sin él y esto es para él un desastre. Lo demás le tiene sin cuidado. Pareceis contento, hijo mío, ¿lo estais en efecto?

—¿Como no he de estarlo? ¿No tengo vuestro cariño? ¡Oh! ¡la más amable de las madres! ?No sé firmemente que de cerca ó de lejos nuestros corazones piensan del mismo modo, que encierran el mejor de los amores, y que si tenemos algun disgusto, nuestro eterno y vivo afecto está siempre para contentarnos? ¡Querida madre, esto es más de lo que necesito pa-

ra ser dichoso y si me quejara sería un ingrato para con Dios!

Y la abrazó de nuevo, como un amante lo hubiera hecho con el ídolo de su corazón.

La duquesa pasaba generalmente por tener el corazón seco; sin embargo, de sus ojos corrían abundantes lágrimas de placer; una belleza conmovedora y sobrehumana, la belleza de las madres satisfechas, iluminaba su rostro de rasgos finos y delicadamente cincelados en delicado cutis.

Alma tierna y sencilla, petrificada por la abnegación y el deber, se había entregado con todo su corazón á un esposo, amigo de los placeres y de las diversiones extravagantes, que no había comprendido sus distinciones ni sus raras y preciosas cualidades.

Como diamante de gran precio, había caido en manos de una persona incapaz de apreciar su valor.

Lord Steward hubiera sacrificado á la mujer más hermosa, por un caballo capaz de ganar un gran premio, por un par de podencos ó de *pointers*, habría dejado pasar la hora tan deseada por los amantes en que pueden hablar á solas con su prometida, y preferia una riña de gallos, á la exhibición de los coristas de la Opera.

Su deseo en España hubiera sido asistir á una corrida de toros, en Niza tomar parte en

el tiro de pichón, en Rusia en una caza de osos, y en las Indias en una batida de tigres en los bosques.

Otros viajan para admirar las mujeres de todos los paises, las morenas andaluzas, las Slavas blancas como la nieve, las Georgianas de admirables formas y las del resto del mundo, todas notables por alguna particularidad. Él no se ocupaba de ellas, más que en sus ratos de ocio y como para procurarse una distración pasajera, de que no había de tener para que volverse á acordar.

No soñaba más que con los perros, con los caballos, las balas explosivas y las emboscadas originales, dispuestas contra animales, valientes ó peligrosos.

Había envidiado el calificativo de excéntrico de primer orden.

Y lo había conseguido.

Su vanidad debía estar satisfecha.

Aparte de su incurable egoismo, no era persona despreciable.

Gran señor de antiquisíma familia, era incapaz de una acción poco delicada ó indigna de su condición.

Sin embargo había cometido un verdadero asesinato moral; el de la mujer á la cual había prometido ayuda y cariño al pie del altar: de la esposa á la cual la debía todo sin haber pagado nada.

James era el único que había comprendido los sufrimientos de su madre, y con una dulzura y una delicadeza infinitas, se había esforzado en atenuarlos con sus caricias y sus consuelos. Con el tacto de un acabado diplomático, en las negociaciones cuyo secreto quiere guardar, evitaba hablar de su padre, no queriendo ni faltar al respeto que le debía, ni herir los sentimientos de su madre, lastimada en el alma por un abandono casi absoluto.

El heredero de Albany era una excelente persona: rubio, alto, robusto, decidor, galante, verdadero niño pródigo del dinero y del amor, derramando por todas partes sus veinte años, su oro, sus riquezas, su elegancia y todos los dones que un hada bienhechora había depositado con profusión en su cuna.

Era bueno naturalmente; pero la bondad es fácil á los que no conocen de la vida más que sus esplendores y sus placeres, su ostentación y sus prosperidades; á los que nada tienen que envidiar á nadie, pisan mullidas alfombras, viajan en silla de postas ó en *sleeping car*, se envuelven en pieles ó en seda, comen en vajilla de plata, cenan bajo los destellos de mil luces, al lado de las más hermosas hijas de Eva, sin cuidarse de los acreedores, del frío, del calor, de la nieve ni de las heladas.

La comida estaba servida y la campana lo anunció así.

La duquesa tomó el brazo de su hijo, y apoyándose en él, bajaron al comedor.

Se detuvieron en la meseta de la escalera.

James se aproximó al oído de su madre:

—¿Qué tal la señorita Montaigu?—preguntó.

A esta pregunta, la duquesa se volvió:

—¿Conoces á esa joven?—dijo.

—Mucho. ¿Cómo se conduce?

—Bien. Estoy muy satisfecha de ella. ¡Tiene un tacto exquisito, una distinción superior, una bondad natural y sín afectación y gran modestia en sus maneras!...

—En fin, madre, que es el resumen de todas las perfecciones femeninas.

—Perfecciones, no; calidades, sí.

—¡Lo reune todo! ¡Esa encantadora os ha hechizado!

—Es verdad. Unicamente el reverendo Kimdale es quien aquí se muestra rebelde á la seducción.

—Es su deber—dijo James sonriendo.

—Preferiría á miss Catalina.

—Por su figura. No rinde culto á lo bello.

—Nó. Cree que es peligrosa. Una persona de tal hermosura es, segun él, causa de disensiones en las familias. Así es que no olvida el espantoso accidente de hace seis semanas.

—Sí, ya sé; el de los caballos desbocados y detenidos precisamente en el momento en que menos se podía esperar.

—Sí. El reverendo Kindale vé en eso...

—¡Un milagro tal vez!

—No; un motivo de inquietud para el porvenir.

—Inquietud que olvidará bebiendo unas copas de champagne, ó digiriendo un *puding*.

—¡Tomas con mucho calor la defensa de la señorita Montaigu!

—Como debe tomarse siempre la de las jóvenes que son bonitas, buenas, alegres y francas. Las señoritas que tienen esas cualidades no son las más temibles. ¡Buena cara, indica buena conciencia!

—Tengo una satisfacción en estar de acuerdo con vos, mi querida James; en verdad que no he esperado á que llegárais para saber apreciar á vuestra protegida.

Las puertas del comedor estaban abiertas.

La mesa, situada en el centro, con su servicio de plata resplandeciente, parecía luminosa; el decorado de la sala era admirable por su lujo y su artístico esplendor.

Los convidados estaban en plena luz y en primer término y los servidores en una discreta penumbra.

Mortcerf, Riozarés y Courcelles, no pudieron, á pesar de estar habituados á las elegancias de la vida aristocrática, contener un murmullo de sastisfacción al entrar en aquel admirable comedor.

La comida fué muy alegre.

La duquesa estaba llena de satisfacción.

Estaba rodeada de una cohorte admirablemente compuesta.

Por parte de las mujeres, Lucy, con su maliciosa coquetería, y la institutriz con su aspecto de dama de honor de una reina, eran el vivo contraste, la una de las superioridades de la otra.

Entre los hombres, Harry era el único que por su aspecto sombrío prestaba sombra al cuadro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XX

Harry estaba evidentemente irritado, por ver el dominio, en que reinaba como dueño absoluto algunas horas antes, invadido por aquellas gentes de maneras altivas y conquistadoras, dotadas de todas las habilidades y de todas las audacias, y por consecuencia temibles en sus empresas, fáciles de prever.

No había olvidado las intimidades de los recién llegados, en casa de la duquesa de Rochemaure, en la avenida Friedland, y temía que la soledad de Glenmore les prestase nuevas audacias. Los bosquecillos del parque, los rincones sombríos de los corredores, los paseos por el campo, todo contribuía á excitar su asustadiza imaginación. Estaba furioso al ver á todos aquellos jóvenes que comian en la misma mesa que la institutriz, de la cual estaba cada vez más enamorado.

Sin embargo, las tristes reflexiones á que se abandonaba, y su aspecto, cada vez más sombrío, no contribuían á disminuir la alegría de convidados, radiantes de satisfacción por hallarse después de un largo viaje, en un castillo hospitalario y soberbio y en medio de una naturaleza tan pintoresca. Gozaban, por adelantado, de las distracciones maravillosas, de las

cacerías dignas de príncipes, de las comidas suculentas, y en fin, de todos los placeres que veían en perspectiva, en una morada en que todo se hallaba acumulado para el encanto de los ojos y del espíritu.

Pero el que estaba verdaderamente á su gusto en aquel medio confortable y halagador, era el reverendo Augusto Kimdale.

Se extasiaba ante el asado, que estaba en su punto y regado por una salsa untosa que le hacía relamerse; ante el *pudding*, de una confección superior, y que mistres Kimdale no hubiese preparado mejor, á pesar de ser una especialidad en esto.

El digno vicario era completamente feliz.

Veía ante sí una larga perspectiva de festines, á los cuales era tan aficionado, y una serie de conversaciones salpicadas de frases del mejor gusto.

Contaba también con aventuras de caza y grandes fiestas en el lago.

Sonreía á la duquesa con su bonachona sonrisa, y sus ojos iban de uno en otro, fijándose en los tres Stewards, que mostraba con orgullo á su madre.

—¡No falta aquí más que un miembro de la familia!—le dijo en voz baja.

Lady Steward hizo un gesto reservado.

—¡Es el destino quien así lo quiere!—dijo.—¡Seríamos demasiado felices!...

Durante la comida, Riozarés, cuyo corazón permanecía rara vez sin un objeto que sirviera de alimento á su actividad, consideraba atentamente á miss Lucy. La joven inglesa se prestaba con gracia á este examen. Ninguno de los movimientos de su admirador escapaba á sus miradas.

Cuando se levantaron de la mesa, al son del himno nacional, con el cual una media docena de aldeanos ocultos en los bosquecillos, saludaba á los huéspedes de la duquesa, el marqués ofreció á la señorita de Albany su brazo, que ella aceptó con apresuramiento.

Formaban la más completa antítesis. El español representaba á los países del sol, y Lucy á las tierras del Norte con sus muchachas de tez y de cabellos pálidos. No se parecían más que en una cosa, invisible para los indiferentes: en el brillo igual de sus miradas y en la ardiente llama de sus pupilas. Lo que circulaba por sus venas era fuego líquido.

Mortcerf, con una discreción á toda prueba, miraba con disimulo á la hermosa Montaigu, que pareció no prestarle atención, y que se cogió con abandono del brazo del mayor de los Stewards, en tanto que Courcelles entablaba familiarmente una conversación íntima con el reverendo Kimdale, conversación referente á las costumbres de los feligreses de su curato, y le ofrecía un cigarro de lo más escogido, que era aceptado con agradecimiento.

Riozarés decía á Lucy:

—Habéis pasado de la edad de las muñecas, miss. ¿En qué os distraéis en Glenmore? Glenmore es un admirable lugar para un cazador y para un pintor; pero muy solitario para una joven tan hermosa como vos. ¿Os molesta que os lo diga?

—No, querido marqués.

—Es verdad que no os digo nada nuevo para vos; pero sí os añadiré que Londres ó París os convendrían más.

—Os equivocáis. No soy como vuestras parisienses, entusiastas de los bailes, de las reuniones de sociedad, del teatro, ó de los paseos, entre el polvo y la multitud. Odio esos placeres; vivo á gusto en la soledad, en los grandes bosques, en los cuales corro á caballo por los senderos abruptos y salto por nuestras rocas. Por la noche, cuando regreso, hago música de lo peor, ó hablo con mi madre. No tengo otras aspiraciones.

—En una palabra, miss, que sois romántica.

—¿Romántica? Convengo en ello. La palabra no me desagrada.

—Como una heroina de vuestro Walter Scott.

—No, de otro modo. No tengo tantas pretensiones; pero amo la poesía de nuestras montañas.

—¿Y no amáis otra cosa, miss?

Si el desgraciado poeta de Aberfull hubiese oído su respuesta, se le hubieran puesto los cabellos de punta.

La joven respondió con indiferencia:

—Hasta ahora, creo que nó, querido marqués.

Riozarés, inclinado como vencedor sobre la rubia cabeza de la joven, parecía querer fascinarla con su mirada.

Pero tenía que habérselas con una inteligencia muy suspicaz, y su aspecto de conquistador le valió sencillamente una explosión de burlona alegría, que Lucy no trató de contener.

—No me mireis así, querido marqués—exclamó.—Una niña que acaba de dejar las muñecas, no podría sostener la llama de esos ojos del Mediodia. Tened más en cuenta las inesperiencias de mi juventud. Sobre todo no vayais á imitar á esos galanes jóvenes de Drury Lane, que toman actitudes ridículas para simbolizar la pasión que les devora.

Dejó bruscamente el brazo del español y corrió al lado de su madre, sin que él tratase de seguirla.

—Singular muchacha—pensó,—pero me intriga como un enigma viviente.

Lucy había producido desde el primer momento una impresión profunda en su espíritu

y puesto fuego á la materia de que se componía, tan inflamable como un montón de paja seca.

A su espalda, James Steward, se paseaba con la institutriz, cuyo brazo se apoyaba en el suyo con un estremecimiento imperceptible.

—Decidme Juana, ¿se os trata aquí bien?

—Muy bien, milord.

—¿Estais contenta?

—Sí, sobre todo desde hace algunas horas.

—Comprendo; de ordinario esta residencia es triste. Escocia no tiene nada de alegre. Echareis de menos á París y estais contenta porque venimos de allí, porque os traemos sus perfumes. La duquesa os sigue queriendo y echándoos mucho de menos. Me decía la víspera de mi salida de París: «No sé cómo me voy á arreglar para vivir sin mi ahijada! ¡Traérosla cuando vengais!» ¿Quereis volver á París?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tengo mis razones para ello.

—¿Qué razones son esas?

—Me las callo.

—¿Eso quiere decir que no teneis confianza en un amigo antiguo como yo?

—No del todo.

—¡Eso está mal! ¿En qué he desmerecido de vuestra amistad? Antes teníais más confianza

en mí y estais bien segura de que os profeso una verdadera amistad, Juana.

—Quisiera estarlo.

—¡Con qué frialdad lo decís!

La institutriz se calló.

—¿Ahora os caliais? Pues eso es peor. Hablad. Maltratadme un poco, mucho, con apasionamiento. ¡Prefiero eso á dejar de oir vuestra voz! ¡Teneis una voz tan encantadora!

La joven se encogió de hombros, mostrando el mayor despecho.

—¿Quereis saber por qué he dejado á París? —le preguntó.

—Sí.

—Voy á decíroslo. Lo primero porque soy de las que se ven precisadas á ganar el pan de cada día...

—Motivo bien fútil, puesto que teníais todo lo que necesitábais en casa de vuestros padres.

—Si, si se trata de no morirse de hambre, ó de no andar por las calles descalza ó desnuda.

—¿Y el otro motivo?

—El de que existen en París gentes á quienes no quiero ver. ¿Está ya satisfecha vuestra curiosidad?

—¡Eso es muy vago! ¿Creeis acaso convencerme de que teneis enemigos?—dijo mirando fijamente á Juana.

—¿Y quién os ha dicho que sean enemigos? —exclamó la joven.

El Rajáh, hundido en un sillón, paseaba su adormecida mirada por la escena que tenía ante sí.

En distintas ocasiones se había vuelto hacia la institutriz, cuya belleza admiraba; pero al mismo Brahma, ó Vischou, le hubiera costado trabajo conocer las impresiones secretas de aquella alma cuidadosamente velada; la duquesa, que hablaba con él, no notó ni un segundo de distracción en su interlocutor, que contestó con gran amabilidad á cuantas preguntas le hizo acerca de los elefantes, los tigres y los bonzos, y de las viudas que se queman sin entusiasmo por la muerte de sus esposos.

James se suponía, como todos los diplamáticos, una penetración infalible.

Reflexionó:

Existe, pensaba para sí, alguien más fuerte que el más perspicaz de los Maquiavelos y ese alguien es la mujer indiferente, ¡desconfiemos!

—Estáis misteriosa, mi querida Juana—dijo con cariñoso tono;—pero la perspicacia de un secretario de embajada, debe adivinarlo todo. Si no es un enemigo de quien huís, debe ser un amigo, un amigo peligroso, puesto que le dispensais el honor de temerle. Vos, la mujer fuerte, la señorita de las teorías profundas. ¡Oh contradición! !Oh debilidad humana! Cómo exclamaría en el púlpito el reverendo Au-

gusto Kimdale. ¡Ea! haced un esfuerzo y sed sincera. Dejad á un lado los razonamientos feroces y las resistencias odiosas. Mostraos mujer y mujer de una adorable fragilidad como las demás!—¡si es un cierto James Steward, ese amigo temible! ¡Pero si por desgracia es uno de los numerosos rivales que me disputan vuestro corazón, ese reino en que yo quisiera reinar como déspota, sed fugaz como una liebre, salvaje como una gacela del desierto, y feroz como un tigre de Hircania!

E inclinándose al oido de la institutriz:

—Entretanto—añadió—confiadme vuestro misterio. Lo guardaré en lo más profundo de mi alma, bajo los mil cerrojos de la discreción, y ningún poder en el mundo lo descubrirá.

Su actitud contrastaba con sus palabras; pero su voz tenía vibraciones que llegaban al corazón y su brazo presiones muy significativas.

—No me comprendereis jamás, milord—exclamó Juana con despecho.

Y con tono de dulce represión añadió:

—Puesto que nada se os escapa ¿porqué no pensais en lo cruel que es decir semejantes cosas á una desgraciada, que no tiene derecho á oirlas?

Y después de una reverencia de las más graciosas, en la cual desplegó la felina agilidad de

sus movimientos, se alejó de él dirigiéndose hacia Riozarés.

El marqués se había apoderado ya del piano y con aquella voz de tenorino que había causado tantas victimas, recitaba un soneto del estilo de los de Duprato.